

de la azucena las hojas,
que aquellos rostros ceñidos
por las elegantes tocas.

Ambas suspiran en medio
de una soledad hermosa,
y algunas trémulas frases
entre sus lábios asoman.

—¡No puedo mas!

—¡Pobre niña!

Desecha angustia tan honda,
que si para el mundo has muerto,
vives, para Dios, con honra.

En mí hallarás un consuelo,
confía en tu protectora;
mas antes del triste cáliz
apura la última gota.

Escribe aquí.

Y de una silla
tomando un libro afanosa,
con la otra mano una pluma
entre sus dedos coloca.

Cogióla su protegida
con resolucion heróica,
y en una página al punto
dejó estendida esta nota:

«Hoy veintitres de Diciembre,
»dia de Santa Victoria,
»la hermana sor Margarita
»trocó esta vida por otra.

»Fué sepultada á las doce

»con todas las ceremonias,
»que el cielo premie sus cuitas
»con una paz mas dichosa.»

Firmó la abadesa al márgen,
y al poco tiempo la aurora
su blanca luz estendia
sobre las dos religiosas.

IV.

Pasados algunos meses
en su arrogante palacio
el rey con el conde-duque
entabla el siguiente diálogo:

—¿Se hizo mi encargo?

—Señor,

cumplido queda su encargo.
—¿Y la abadesa?

—Las gracias

envia á su soberano.

—Muy bien.

Y al siguiente dia
los madrileños hallaron
un nuevo relój en la torre
de las monjas de San Plácido.

Relój, que daba las horas
con triste son funerario,
y desde entonces su timbre
á muerto sigue doblando.

A. B. y C.



ES PROPIEDAD.

DEPÓSITO CENTRAL,
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
Carretas, 9.

MADRID: 1871.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EDUARDO CUESTA,
Rollo, 6, bajo.



Las Trinitarias descalzas.

(ROMANCE HISTÓRICO.)

(23 DE ABRIL DE 1616.)

I.

Tras de la Virgen de Atocha
rogando vá todo el pueblo,
por las nubes de abundancia
para sus campos sedientos.

A ver y adorar la imágen
acude Madrid entero,
deja en soledad los barrios,
y el de las Huertas entre ellos.

De las gentes de farándula
mas que hospedaje hervidero,
y de muy muchos autores
aunque muy pocos discretos.

Ya el horizonte y la tierra
van las nubes confundiendo,
como una inmensa pupila
que empieza á cerrar el sueño.

A los murmullos de fiesta

hacen las campanas eco,
oraciones y oraciones
de las almas y los templos.

Tañe en el barrio la esquila
de improvisado convento,
tan pequeño como pobre,
tan santo como pequeño,

Donde madres Trinitarias,
en cada paso un ejemplo,
llevan, descalzas, mas firmes,
á su Gólgota su leño.

Paz dichosa es la esperanza
que va acercándose al premio,
fénix la virtud renace
al crisol del sufrimiento.

Si pasan los pecadores,
pasan dejando en silencio
allí el óbolo cristiano
de caridad y respeto.

Y recogen pan divino
en cambio del pan del suelo,
y por lágrimas enfermas
bálsamos que no hán los médicos.

Bulle fuera la alegría,
de sus umbrales adentro
pasa el pobre, el desvalido,
los que lloran, los que han muerto.

Y hoy en demanda del último
adios, y el último lecho,
un cadáver traído en hombros
de cuatro hermanos Terceros,

Pasa también, esperado
como hermano y como siervo
según los tristes blandones
que por él están ardiendo.

Sobre enlutadas bayetas
posan con cuidado el féretro,
y un sordo golpe retumba,
...misterioso llamamiento,

A que responden las madres
á las rejas acudiendo,
y hay quien dice que hubo algunas
que con otra voz le oyeron...

En derredor silenciosos
de aquel lúgubre trofeo
por un hábito francisco
y otro de sombras envuelto,

Ofrece el piadoso Nuñez
una bendición y un rezo,
únicos dones del mundo
que entran con el hombre al cielo.

Y un murmullo prolongado
sigue á la voz respondiendo
y poco á poco abandonan
unos tras otros el templo.

Todos, menos un anciano
de barba y ropajes luengos,
dijérase que á velarle
surgió la estatua de Homero.

Allí al borde de la caja
sigue anclado á un pensamiento,
como un sábio que á sus plantas
contempla un abismo inmenso.

Y en sus ojos cuando miran
y cuando piensa en su ceño,
rayos lucen, nubes pasan
de admiración ó despecho.

— «No ceséis de encomendarle,

»¿quién no habrá menester de ello?
»nunca sobran oraciones
»donde no hay mortal perfecto.

»Madres, aunque anciano y pobre
»fué un bienhechor del convento,
»debéisle mucho en cariño,
»en gratitud y en consejo.

»Yo ví su muerte, y de su último
»suspiro alcancé un secreto.

»Madres... que os deja el anciano
»mas del alma que del cuerpo.

»Hombre fué, corazón tuvo,
»y... en fin, para Dios es esto,
»que pesará en su balanza
»un ángel y un desacierto.

»Vivió aparte de los malos,
»murió en brazos de los buenos,
»fuera hoy grande, si fortuna
»le hubiera dejado serlo.»—

Esto hablaba con las madres
Francisco Nuñez, al tiempo
que el sábio anciano pasara
ante las verjas oyéndolo.

Y con sonrisa elocuente
de aprobación y de aprecio
se inclinó ante él, y sus pasos
en la calle se perdieron.

II.

Era Abril, veintitres era
del año mil y seiscientos
diez y seis,... cuando el cadáver
de un pobre,... acaso de un génio,

Dormía en la paz de la nada,
ante el Dios del universo,
del polvo que le nutriera
sobre el regazo materno.

Es sábado, y desde el próximo
albor del día primero
hasta la última vislumbre
del sol cuando caiga yerto,

En aquel rincón oscuro
infiltrado en su hondo seno,
¿de las tormentas mundanas
hallará el tranquilo puerto?

Aun flota sobre el gran golfo:
aun del mundo turbulento
resuenan las oleadas,
aunque resuenan de lejos.

¡Hoja muerta de los bosques!

¿dónde te arrastran los vientos?
¡grano de arena que viajas
de un desierto á otro desierto!

...Caminan ya por las bóvedas
tinieblas á pasos lentos,
separadas del cadáver
por cuatro blandones trémulos.

Baña la paz el santuario,
todo es reposo y misterio...
oscilan grupos fantásticos
entre sus ángulos negros.

Marchitas están las flores
que ofrendas del altar fueron,
y se oye en ténue suspiro
las hojas que van cayendo.

Vaya aquel último aroma
como un moribundo aliento...

¡Quizás allí algunos ojos
una lágrima escondieron!

¡Quizás murmuró allí un labio
un tranquilo pensamiento,
secreto entre Dios y un alma
con una oracion y un beso!...

Al caer la luz vacilante
sobre el mortuorio ornamento
colora hinchadas facciones
de un frio rostro aguileño.

Alta y despejada frente
coronan blancos cabellos,
tal vez latió un infinito
bajo su cóncavo estrecho.

Con la diestra mano ciñe
un Cristo sobre su seno,
imágen de dos amigos
abrazados en un lecho.

La otra mano... hála perdido:
si en bien... no lo dice el premio,
¿quién sabe si está llamando
en algun ingrato pecho?

A ambos costados del túmulo,
con santo recogimiento
hay dos inmóviles sombras
de mujeres ó de espectros...

¿Son dos ángeles custodios?
¿son dos estátuas de hielo?
¿ó es aun la flotante imágen
de los últimos recuerdos?

¿Qué aguardan esas mujeres
que con misterioso empeño
van detrás del desterrado

hasta el fin de su destierro?

Que le abandonan con lágrimas,
que le acompañan con ruegos,
¿ó es que pretenden sus labios
filtrar la vida en sus restos?

¿O es la caridad cristiana?
¿ó son átomos de un cuerpo?...
¿la oscuridad de un abismo...
las palabras de un secreto?...

¿Dos rayos aun de una aurora
de juventud y embeleso,...
dos páginas del poema
de aquel corazon ya muerto?...

...Tarda, vibrante y sonora
retumba en aquel momento
la campana de los claústros,
primera voz del día nuevo.

Y alegre la aurora virgen
dorando alturas y techos,
desciende en lluvia de grana
como un bautismo de fuego.

—¿Sor Mariana?...

—¿Sor Antonia?

—¿Vamos?

—Vamos.

Se dijeron.

y ambas hermanas levantan
del postrado rendimiento.

Era anciana la primera,
velaba el manto su aspecto,
bella aun, aunque marchita
mas del dolor que del tiempo.

Sor Antonia es dulce y jóven;
¡ah!... pero en su rostro enfermo
¿qué nube vaga,... qué espíritu
de aquellos rostros compuestos?

Le despiden y le besan,
por ojos y ayes vertiendo
la elocuencia que no saben
ó no pueden los acentos.

Cráter del volcan del alma,
aromas del pensamiento,
los suspiros son centellas,
las palabras son de hierro.

Mucho debeis ser despojos,
que sois en tan dulce extremo,
todo un altar de constancia
y otro altar de sentimiento.

Dios... la sombra, el grupo místico
á sus pies... ¡Cuadro supremo

del abrazo de tres almas
casi á las puertas del cielo!

—«Miguel, dice Sor Mariana,
»adios, tú partes, yo quedo,
»perdon, Señor, era el alma
»que tú me diste y te vuelvo.

»¡Amor... de placer de un día
»y eternidad de recuerdos!...
»lágrimas que Dios vé... y sabe
»Miguel por quién las ofrezco!

»Isabel, llega, hija mia,
»llega, otra vez le abracemos,
»perdóname, ay, fuiste el fruto
»del corazon y del génio...

»Su espíritu ahora nos ama
»con los amores eternos...
»amémosle así nosotras...
»virtud, cariño y secreto.»—

...Un doble abrazo, y las madres
una tras de otra en silencio,
se desvanecen cual sombras
al volver de un triste sueño.

...¡Sor Antonia y sor Mariana!
el descalzo monasterio
por su virtud las conoce
y ser un alma en dos senos.

Lleva algo mas sor Antonia,
sor Mariana al poco tiempo
llegó... parecia un suspiro
que llega errante á su término.

La jóven y el hoy difunto
en largos coloquios tiernos,
de una ella querida, hablaban,
y de un arrepentimiento.

Sor Mariana es portuguesa,
de dama su talle esbelto,
entró cuando el que es cadáver
tocaba al humano término.

Ambas de Jesús se nombran,
una es paz, otra respeto,
tal vez ambas en el siglo
llevaron nombre diverso.

Juntas oran... juntas velan,
grande es su rigor ascético,
pero nombre, origen, padres,...
nadie... Dios puede saberlos.

III.

Ya se acabaron las honras,
ya van á enterrar al muerto,
Trinitarios oficiaron,
Trinitarias respondieron.

A cavar la sepultura
levantan el pavimento,
y el ataud bendecido
comienza á hundirse en el hueco.

—«Paz á Miguel de Cervantes,»
se oye á un Trinitario, haciendo
la cruz con el santo hisopo
sobre el último aposento.

—«En el dia de Lepanto
»asistió á la honra del reino;
»de su arrojo y su desgracia
»su mano izquierda fué el sello.

»Esperando en el Dios justo
»gimió en largo cautiverio;
»¡hijo... su piedad te valga
»y el pobre don de mis ruegos!»

La primer pala de tierra
cae,... resuena un lastimero
son de la caja,... en el coro
resuena el golpe de un cuerpo.

Y entre los súcios terrones
ven caer un laurel modesto,
que enjugándose los ojos
echa el anciano extranjero.

J. C.

(Es propiedad.)



DEPÓSITO CENTRAL,
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
Carretas, 9.

MADRID: 1871.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EDUARDO CUESTA,
Rollo, 6, bajo.



El compromiso de Caspe.

(ROMANCE HISTÓRICO.)

(1410 á 1412.)

I.

Camino de Zaragoza
va el obispo don García
y á unos cuantos familiares
su escolta está reducida.
Pensativo va el prelado,
y á solas tal vez suspira
cuando sus pajes se alegran
con locas y largas risas,
y algunas veces que el viento
mueve las ramas vecinas
ó en el horizonte asoman
negras masas esparcidas,
ligero temblor recata

de los suyos á la vista.

—Presto, dice al mas cercano,
llegaremos á la cita.

—¿No fuera cuerdo traernos
para escolta y compañía
veinte lanzas castellanas?
Don Fernando las envia
para guardar á los suyos.

—Temeridad fuera mia.
Digeran que llevar armas
es llevar miedo á la vista,
las de Aragon ofendiendo
por honrar las de Castilla.

—Bien decís; aunque imagino
que hermanas mas bien que amigas

han de ser.—Quiéralo el cielo
que ya es larga la fatiga
del reino. Lunas y Orreas
fuertes bandos organizan
con que á los pueblos desangran
arrasando sus campiñas.
Dentro de las ciudades
se apostrofan, y acuchillan,
con desprecio de los buenos,
con mengua de la justicia,
y el pueblo huelga y no come
y así se inquieta y se vicia.

—Díganlo los catalanes,
los que Pallars acadilla
de Urgel contra el buen obispo.

—O que en Valencia lo digan
Vilaragut y Centellas,
clero, nobles y milicia.
Guardó el prelado silencio.

Hizo alto la comitiva,
y á don Antonio de Luna,
que al encuentro les salia,

hicieron cortés saludo
fingiendo grata sonrisa.

Retirados corto trecho,
siguiendo el camino arriba
á platicar comenzaron
el de Luna y don García,
éste mostrando prudencia,
y aquel sobrada perfidia.

—Ya habreis conocido. padre,
que ocasiona esta entrevista
el peligro de la patria,
que el conde de Urgel conquista
con el afecto de muchos,
y con las armas invictas
con que hace morder el polvo
á los que su enojo escitan.

—No sé qué quereis decirme.
—Que vos, con artera intriga,
le robais sus partidarios
al amparo de la mitra.

—Ved que pecais de blasfemo.

—Dejémonos de homilias,
y vamos presto al asunto,
que es tarde y el sol declina.

—Decid.—Dejad el partido
del regente de Castilla
y sois cardenal.—La infamia
jamás en la Iglesia anida.

—Ved que será rey el conde.

—¡Rey el de Urgel! No en mis dias.

—Pues si le estorban acaben,
replicó Luna con ira,
y afrentando con la mano
al prelado en la megilla,
le arremetió con la espada,
que presto en sangre teñida
en la honra de su dueño
dejó una mancha rojiza.
Salieron con algazara
de la montaña vecina
cien hombres de armas cargando
sobre el obispo con ira
y cortándole la diestra
se retiraron con prisa
seguros de que á vengarle
sus partidarios vendrian.

II.

Se alza en la villa de Caspe,
muy cercano á la ribera
del Ebro, un viejo castillo
de bien guardadas almenas
por catalanes soldados,
por tropas aragonesas
y por bravos adalides
escogidos en Valencia.
Dentro de sus pardos muros,
en una estancia dispuesta
como para régio estrado,
nueve hombres de faz severa
bajo un dosel majestuoso
oyen la ruda contienda
de los que un trono litigan
y sus derechos alegan.
Estraño pleito que al mundo
de asombro y envidia llena,
que aun cree que la corona
es un trofeo de guerra,
que á lanzadas, no á razones
se debe tomar por fuerza.
Y no son reyes los jueces;
su encanecida cabeza
en los unos ciñe mitra,
en otros capucha asienta,
y en cuatro sencilla insignia
gala única de la ciencia.

Entre los compromisarios
Vicente Ferrer se sienta
y ya une al nombre de apóstol
fama de virtud tan cierta
que todo el reino acredita
milagros que hizo en Valencia.
En doble fila de sillas,
como en un coro dispuestas,
están los procuradores,
los letrados que sustentan
de los que aspiran al trono
las pretensiones opuestas,
y entre todos Juan Rodriguez
de Salamanca descuella.
Ninguno le gana en brio,
ni en las razones severas
ni en el decir elegante,
ni en refutar con firmeza.
Del buen don Alfonso, el conde
que de Rivagorza y Denia
tuvo los ricos estados
el poco derecho prueba.
Dice que es el de Calabria
niño de edad harto tierna,
y que vendrá la corona
grande á una frente pequeña.
De don Fadrique murmura,
que aunque legítimo suena
porque Benedicto trece
usó con él de indulgencia,
es lo cierto que su madre
no le tuvo como buena.
Del conde de Urgel hablaba
manifestando estrañeza
de que no mandara á Caspe
quien sus derechos digera,
cuando sus procuradores
asomaron por la puerta
diciendo con grave enojo:
—Tiene aquí quien le defiende
de quien por su causa dude
ó á denostarle se atreva.
Juan Rodriguez con sosiego
replica de esta manera:
—Huélgome de que don Jaime
aquí á defenderse venga,
puesto que ante él diré cosas
que detrás no las digera.
Hasta ahora de don Fernando
me ocupaba en la defensa

que por la sangre, y el Fuero,
el valor y la nobleza,
no tiene que subir mucho
por alto que el trono sea.
Mas ya que de Urgel el conde
ante sus jueces se muestra,
yo en nombre de la justicia
contra él entablo querrela.
¿No es este conde aquel conde
que osó llevar su demencia
hasta asegurar que al Papa
rasurará la cabeza?
¿No es éste el lugarteniente
que se acercó en son de guerra
al catalán parlamento
negándole la obediencia
cuando le mandó prudente
que sus huestes deshiciera?
¿En Calatayud, no ha dado
de igual osadía muestras,
cuando precisó al Justicia
á mandar cerrar las puertas
á don Antonio de Luna,
que armado llegó hasta ellas?
¿No hizo en Alcañiz lo mismo,
alborotando la tierra
con hordas de foragidos
que reclutó en Inglaterra?
Este conde es aquel conde
que tuvo correspondencia
con el rey moro Yusuf
el que á Granada gobierna,
tratos que decir no puede
quien tenga honrada conciencia
de que si al labio no asoman
es porque los labios quemán.
Y, para acabar mas presto,
del trono una mano yerta
le separa para siempre
con fria y muda insistencia;
la mano del arzobispo
de Zaragoza, que vela
por Aragon, y, aun cortada,
al conde opondrá su diestra.
Ya sabeis que los culpables
no son hijos de la Iglesia.
Ya sabeis que por el cielo
maldita está su cabeza.
Yo reto á Aragon, que ponga
su corona real en ella.

Alzóse inmenso murmullo,
escapáronse centellas
de muchos airados ojos,
y grave tumulto hubiera
á no salir los del conde
con mucho recato y priesa.

III.

Junto al castillo de Caspe
y á la iglesia muy cercano,
cubierto de seda y oro
se alza vistoso cadalso,
y ante la puerta del templo
se vé un altar adornado
con el mas severo gusto,
aunque de alhajas no escaso.
La muchedumbre agrupada
produce rumor extraño.
Lanzan sus ecos sentidos
las campanas al espacio
y el sol alumbrá la fiesta
con sus esplendentes rayos.
Llegan los procuradores;
entre ellos viene el bizarro
Juan Rodriguez, y le aclama
con vigoroso entusiasmo
el pueblo, que ama al valiente
aun con preferencia al sábio.
Detrás los jueces se acercan
y apenas pueden dar paso;

porqué al cundir la noticia
de que se aproxima el santo
todos quieren estar cerca
para besarle la mano
y encomendar á sus ruegos
el logro de algun milagro.
Al fin se canta la misa,
y cuando es todo acabado
Vicente Ferrer proclama
rey de Aragon á Fernando,
el que ganó en Antequera
su sobrenombre preclaro;
el que acreditó en Castilla
lealtad al soberano,
siendo el sosten de su trono
y de su infancia el amparo,
cuando tomar la corona
pudo con poco trabajo.
El pendon de Aragon se alza
ante el altar y el espacio
pueblan las aclamaciones,
los himnos y alegres cantos.

Pueblo español, si algun dia
de un rey te falta el amparo,
no serán tus cuitas muchas
como estimar sepas cauto
sobre la fuerza el derecho,
sobre el valiente al honrado.

J. R.



ES PROPIEDAD.

DEPÓSITO CENTRAL,
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
Carretas, 9.

MADRID: 1871.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EDUARDO CUESTA,
Rollo, 6, bajo.



La batalla del Guadalete.

(ROMANCE HISTÓRICO.)

(31 DE JULIO DEL AÑO 711.)

Los que por Dios inspirados,
de los bosques de Germania
á regenerar vinieron
la gran sociedad humana;
los que sóbrios en la paz
y fuertes en la batalla,
dentro de un cuerpo salvaje
guardaron vírgen el alma;
los que al progreso del mundo
llevaron la idea santa

de libertad, de justicia,
de religion y de patria;
los que abatiendo el imperio
de la soberbia romana,
sobre las ruinas de Roma
pisotearon sus águilas:
enervados por el vicio,
ya solo el licor lograba
traer recuerdo á sus mentes
del valor y la pujanza.

En la repugnante orgia
fuerzas dejan y honra manchan;
vierten licor y no sangre;
hay festines, no batallas.
Apenas el brazo débil
sostiene la dura lanza,
y truecan el hierro en seda
y en vil adorno las armas.
Ya las mujeres se rinden,
y se pregonan las gracias,
y existen pocas virtudes
y abundan los que las pagan.
La libertad está sierva,
la independencia se amarra
al yugo de los placeres,
y ya no es crimen la infamia.
Y aquellos alientos vírgenes
de los bosques de Germania
que á purificar vinieron
la gran sociedad humana,
fétidas nubes de muerte
á los tres siglos pesaban
en la atmósfera del mundo
amenazando inundarla;
mas pronto serán deshechas,
que allá en las morunas playas
está bramando el castigo
por caer sobre las faltas.
Por la salud de su obra
Dios vela y remedios manda...
Si hay germanos para Roma
hay árabes para España.

I.

Mientras el Conde su padre
gobierna la Mauritania,
vive Florinda en la corte
de Don Rodrigo el monarca.
Mucho la elogian los nobles,
el vulgo la dice Cava;
y pocos respetos tiene
quien usa tales palabras.
Murmuran que el rey la quiere,
murmuran que ya es su dama,
y hay quien blasona orgulloso
de la pasión del monarca.
Crece el rumor tanto y tanto
que de ciertas cosas hablan
aunque solo las vió un río
y no hace favor contarlas.

Mas no es extraño que el Tajo,
indignado al retratarlas,
publicára con vergüenza
el secreto de sus aguas.
Palabras que honor mancillan
son las que vuelan mas rápidas,
y el Conde Don Julian sabe
que en lenguas está su fama:
es hombre, y rey quien le ofende
y medita en ruin venganza
la vida quitar al hombre
y la corona al monarca.
Traidora ambicion le mueve,
aunque invoca grave causa,
dejando franco el estrecho
á las hordas africanas.
Tras apariencias de honra
quiere ocultar sus infamias,
¿pero cuándo la han tenido
los traidores ni las Cavas?

II.

Triunfantes en su carrera,
después de franco el estrecho,
van los moros ocupando
todo el castellano suelo.
Los godos vencidos quieren
hacer el último esfuerzo
y cerca del Guadalete
han reunido sus ejércitos.
La hora del combate llega;
y Tarif con ronco acento
así anima á los moriscos
de valor y fuerza llenos.
«Ya hemos vencido, africanos,
»¿ahora sabeis lo que resta?
»coger el botín que es nuestro
»al miedo y á la impotencia.
»A nuestros ojos se estienden
»poderes, glorias, riquezas...
»detrás el mar y la muerte,
»¡sus! los hijos del Profeta.
»Asia y Africa domamos
»que son legiones de hienas,
»temblando Europa el imperio
»de sus naciones nos deja.
»Ricos y hermosos palacios
»han de ser nuestra vivienda,
»en vez del hogar salvaje
»que partimos con las fieras;

»del rojo color moruno
 »vistamos toda la tierra
 »y brille la media luna
 »sobre todas las cabezas.
 »Hoy no hace falta pujanza,
 »hoy basta nuestra presencia,
 »que con las manos desnudas
 »al miedo vence la fuerza.
 »Una raza corrompida
 »hemos trocado en pavesas,
 »que solo el fuego consume
 »tanto caudal de vileza,
 »y un puñado de cenizas
 »se disipan, sin mas fuerza
 »que el aire que levantamos
 »al trotar de nuestras yeguas.
 »Alá nos guie; Mahoma
 »nos mira desde su diestra,
 »quien fuere en la lid cobarde
 »ó traidor ¡maldito sea!

En tanto que así platica
 el atrevido agareno,
 impaciente frente al moro
 se agita el cristiano ejército;
 del rey la llegada esperan
 que al fin con lujoso séquito
 de opulencia fastuosa
 viene á dar último ejemplo.
 De oro y marfil es el carro
 que le conduce y en medio
 aureo trono donde apoya
 su débil gastado cuerpo.
 No dejan ver los adornos
 que va cubierto de acero,
 y ricas piedras esmaltan
 sus atalajas guerreros.

.....
 A una señal todos marchan
 ansiosos de pronto término
 y las extendidas hondas
 silban con ruido siniestro:
 piedras, saetas y dardos
 cruzan en alas del viento
 la distancia que separa
 la vida de los dos pueblos.
 La sangre brota, la ira
 invade todos los pechos,
 y el ódio anima los brazos
 con nervioso movimiento.

La muerte cruza los aires
 sus víctimas eligiendo,
 y las distancias se acortan
 entre pavoroso estruendo;
 al fin se encuentran las lanzas
 con los acerados petos
 y apagan rios de sangre
 el resplandor de los yelmos.
 Gritos, ayes de agonía,
 amenazas, juramentos,
 en confuso vocerío
 pueblan los cansados ecos:
 el polvo ciega la vista,
 el hierro buscando cuerpos,
 los caballos se revuelven
 saltando sobre los muertos.
 Todos luchan cual leones;
 que no hay sitio para el miedo
 donde el orgullo batalla
 para quedar en su puesto:
 uno cae: otro vacila
 sobre el palpitante cuerpo
 flaqueando al fuerte choque
 de su lanza con el hierro.
 Júntanse los enemigos
 tan de cerca arremetiendo,
 que se cruzan los alfanjes
 con las hojas de Toledo.
 Hondas se arrojan; y todos
 confundidos, cuerpo á cuerpo,
 disputan desesperados
 existencia y triunfo á un tiempo.
 Fuerte empuje los cristianos
 ensayan; los agarenos
 retroceden; la victoria
 se inclina al cristiano esfuerzo.
 Y cuando ya parecia
 llegado el ansioso término,
 la traicion llegó al combate
 mandada por el infierno.
 Don Julian y el buen obispo
 Don Opas, con su cortejo
 nata y flor de los villanos
 mas de nobleza herederos,
 contra su Dios y los suyos
 se vuelven y el fuerte peso
 la ya vencida balanza
 vuelve á poner en el centro.

.....
 Cunde el asombro; los moros

lo aprovechan, y al despecho
y la vergüenza sucumben
muchos que respeta el hierro.
El desórden y la ira
son bien malos consejeros,
si la traicion y la fuerza
atacan al mismo tiempo.
En vano los capitanes
á los cristianos dispersos
quieren juntar á sus voces
aunando el último esfuerzo.
En vano los mas leales
de sangre y sudor cubiertos
se lanzan impetuosos
del peligro en lo mas recio.
En vano el rey Don Rodrigo
presa de insensato vértigo
monta en su caballo Orelia
y anima con el ejemplo.
Todo es inútil; los moros
con irresistible empeño
hieren, destrozan y matan
por tres costados diversos
y en impotente delirio,
sin poder matar, muriendo
la raza goda y su trono
hallan espantoso término.

La germana monarquía
cual trono podrido y hueco
hundióse al primer embate
del huracan del desierto.

En tanto el corcel real
llevaba en alas del viento
al monarca desgraciado
con la muerte por consuelo.
Atrás la crin levantada,
la pupila echando fuego,

(Es propiedad.)



salpicado en sangre el vientre
y lleno de espuma el pecho;
el freno roto y con ansia
la sedienta boca abriendo
en el ancho Guadalete
quiso apagar sus deseos.
Despareció entre las aguas
que en extraño movimiento
al ginete separaron
con remolinos diversos
y en ondas de sangre goda
hundióse el mísero cuerpo
de aquel monarca que solo
para morir supo serlo.

.....
Así acabó la jornada
que en los renglones mas negros
de las páginas del crimen
un nombre dejaba impreso,
mientras unos cuantos hombres
caminaban á lo lejos
una cruz y una bandera
á guarecer en un cerro.
La fé y Pelayo los guian
llevando en su noble pecho
la independenciam, la honra
y la religion de un pueblo.

.....
Patria: ven á la ribera
á mirarte en el espejo
del Guadalete: no olvides
que tienes el rostro enfermo.
Que Dios vé que tu alma débil
va corrompiendo tu cuerpo,
¡y vé que no te han bastado
ocho siglos de escarmiento!

J. C. y S.



La Peña de los enamorados.

(ROMANCE HISTÓRICO.)

I.

En la soberbia Granada
vivió un cautivo cristiano,
por su apostura arrogante,
y caballero en su trato.

Sus nobles prendas de un pecho
suspiros mil arrancaron,
apenas brilló la aurora
de sus juveniles años.

No al olmo la hiedra amante
se enlaza con mas cuidado,
que aquellos dos corazones
por el amor se enlazaron.

Cuando él lloraba sus penas,
ella enjugaba su llanto,
y nunca el padre advertia
de sus amores los lazos.

Y así corriendo las horas,
y así los dias girando,
le destinaron los cielos
à ser dos veces esclavo.

Si quiere ser libre, lucha
con sentimientos contrarios,
que una libertad adora,
y es una cárcel su encanto.

Por eso el sol le halla triste,
la luna le halla llorando,
y entre su amor y su patria
no sabe escoger su mano.

Mas, ya resuelto, una noche
cabe una palma sentados
en el jardín delicioso,
que circundaba al palacio,

Con amorosa sonrisa,
y con acento inflamado,

llevó el cautivo estas freses
del corazón á los labios.

—«¡Sultana del alma mía!
¡De mis ensueños regalo!
¡Blanca azucena, que creces
entre jarales bastardos!

»No lejos de aquí hay un suelo
que fecundiza el cristiano,
donde el amor es mas dulce,
donde el amor es mas santo.

»Allí una cruz nos ofrece
para abrazarnos sus brazos,
y á eterna dicha nos brinda
si eterna fé nos juramos.

»Allí el ambiente es mas puro,
mas puros del sol los rayos,
mas cándidas las palomas,
los arroyuelos mas claros.

»Ven, niña de ojos azules,
la de los rizos castaños,
dejemos estas comarcas
que solo producen llanto.

»Y si me guardas amores,
lo mismo que yo te guardo,
y ansiosa quieres la dicha,
que el corazón busca en vano.

»En ese suelo querido
con tus cabellos jugando
mas dulces serán tus ojos,
mas tiernos serán tus brazos.»

No dijo mas; sus miradas
feliz respuesta buscaron,
y el rostro de la doncella
quedó en la tierra clavado.

Y no es que siente despecho,
ni que presagia un engaño,
es que, aturdida su mente,
bastante dice callando.

Es que, si anhela esos goces,
en medio de sus halagos,
oye de un padre las quejas
entre suspiros amargos.

Y, como horrible sonido
del ronco trueno lejano,
en pago de sus desdenes
una maldición acaso.

—«¡Mi padre!...» al fin angustiada
pudo exclamar; y acabando
con tan sublimes momentos
de indecisión y de espanto.

—«Desecha vanos temores,
dijo el cautivo, que en cambio
te ofrezco un padre que llora
la ausencia de un hijo amado.

»Y con su amor los consuelos,
que vierte el dulce regazo,
de una cariñosa madre
que en tu orfandad te negaron.

»Sí, tierna hurí, tus dolores
procura calmar, y entrambos
de la fortuna en las alas
salvemos montes y llanos.

»Nos da la noche el silencio,
la luna sus puros rayos,
el corazón los impulsos,
su ligereza un caballo.»

—«¡Aláh, nos guie! contesta;
¡Aláh bendiga tus pasos!»
Y dando un tierno suspiro
último adios al palacio,

Dejó su cuerpo, y cayendo
de su cautivo en los brazos,
ya no vió mas que unos ojos
que con los suyos se hallaron.

.....
Perdió la luna su brillo
por blanca nube velado,
y al estenderse de nuevo
por los inmensos espacios,

En una ojival ventana,
como escultura de mármol,
se vió de un anciano el busto
todo cubierto de blanco.

Y al mismo tiempo la brisa
á sus oídos llegando,
marcó los huecos compases
del galopar de un caballo.

II.

Duerme Granada en un lecho
de verde musgo sembrado,
sus calles están desiertas,
sus vergeles solitarios.

La brisa con soplo suave,
por entre flores vagando,
pausadamente las mece
sobre sus lánguidos tallos.

Y ya la luna en el cielo
con su cabello argentado,
cual vigilante nocturno,

asoma su rostro pálido.

¡Todo duerme! La sultana
de la molicie al amparo
sueña en amores, y sueña
con la sonrisa en los labios.

Y el mahometano, sin duda,
en delicioso letargo,
con otra sonrisa muestra
de su soñar el encanto.

Y solo entre tanta dicha,
entre placeres tan variados,
rico en ensueños sombríos,⁴
pero de venturas falto,

Un pobre anciano contempla,
con rostro desencajado,
el mundo real de la vida
en otro mundo mas vago.

Aquí, amistades traidoras,
amores, allí ultrajados,
risas y llantos vertidos
por el dolor y el escarnio.

Y allá en el tétrico fondo,
de sus caricias gozando,
está una cándida mora
con su galan temerario.

Y lejos, mucho mas lejos,
un alazán aguardando,
y en una montaña un grupo
confusamente trazado.

Todo el anciano lo mira;
quiere descifrar el cuadro,
y al conocer sus figuras
por el contorno y sus rasgos,

Como impelido con fuerza
por un sentimiento extraño,
sacude su altiva frente,
procura entreabrir sus párpados.

Los abre al fin, con sus ojos
recorre todo el espacio,
duda si sueña ó si mira
la realidad de un engaño.

Y aun le parece despierto,
que entre delirios insanos,
al alejarse las sombras
se va aquel grupo alejando.

—«¡Cuánto soñar! ¡Qué de ideas
agitan hoy mi descanso!
¡Quizás la brisa despeje
mi cerebro acalorado!»

Dijo, y saltando del lecho

toma su ropaje blanco,
corre á la ventana, apoya
sobre ella el cuerpo cansado,

Y al mismo tiempo la brisa
á sus oídos llegando,
marcó los huecos compases
del galopar de un caballo.

—«¿Quién huye á estas horas? dice.
¡Quizás algun desalmado!
Dichoso de él si en su huida
concluyen sus sobresaltos.»

Y recordando sus sueños,
sombras, visiones, arcanos
volvieron á apoderarse
del pensamiento angustiado.

Llama á su gente, retumba
su voz por todo el palacio,
y todos van á su encuentro
menos su hija y su esclavo.

III.

Desde Antequera á Archidona,
un pueblecillo cercano,
en dos mitades iguales
aquel camino cortando,

Se alza una gigante peña
en el centro de sus campos,
como una reina en su trono
y en medio de sus estados.

Al pié un caballo, rendido
por la fatiga y cansancio,
se envuelve en su propia sangre
como si fuera en un lago.

Y allá en la cumbre descansan
dos pechós enamorados,
y se oyen dos juramentos
en este elocuente diálogo.

—«¡Dulce imán de mis amores!
¡Blanca hurí de mis encantos!
Libre al fin de unas cadenas
otras nuevas te demando.

»Cerca ya de esas llanuras,
que sin tregua codiciamos,
jura amor al tierno amante,
que yo juro ser tu esclavo.»

—«Yo en tus horas mas amargas
consagréme á tu cuidado,
yo endulza tu tristeza
mis caricias prodigando.

»Con tu fé pura y ardiente

me enseñaste un libro santo,
y aprendí las bellas frases
que sus páginas marcaron.

»Y una tarde en que rezabas
por tu padre idolatrado,
y besabas una imagen
de la Virgen del Amparo,

»Yo, cayendo dulcemente
de rodillas á tu lado,
la ofrecí mis oraciones
con la fé de mi cristiano.»

—«¡Ángel mío!»

—«Y hoy me pides

que te jure amor sagrado...
¡Juro amarte mientras viva
á la Virgen del Amparo!»

Calló un instante; sus ecos
las auras acariciaron
con mas dulzura que el trino
del ruiseñor solitario.

Y enmudecido su amante,
por la emoción dominado,
no escucha de cien ginetes
el ruido de sus caballos,

Ni ve, que al frente de todos,
va un altivo mahometano
á quien agravio infirieron,
y viene á vengar su agravio.

—«¡Allí los teneis! esclama
sobre la cumbre al mirarlos.
¡Yo los soñé en una peña,
y en esa peña los hallo!

¡Sús, á ellos!...»

Y á sus voces,
saliendo de su letargo,
sin darse cuenta á sí mismos,
se miran horrorizados.

—«¡Mi padre! dice la mora.
¡Huyamos, al punto, huyamos!»
y al triste suelo cayendo,
durmióse en hondo desmayo.

—«¡Sí, que vengan! el cautivo
les grita desde lo alto.

¡Aquí os espero impaciente!
¡Aquí vuestra fuerza aguardo!»

»Y antes que sentir de nuevo
de la esclavitud los lazos,
sabré morir en la lucha
como valiente y honrado.»

—«¡Sús, á ellos!» por do quiera
repite el eco en el llano,
y cruzan flechas el viento,
y piedras sirven de dardos.

Y en confusa gritería
por la ancha falda trepando
¡victoria! junto á la cumbre
proclaman algunos cuantos.

—«¡Sí, de repente les dice,
en vuestro triunfo gozaos!»
y acariciando una idea
con la doncella en los brazos,

Asómase al precipicio,
se arroja desesperado,
y lanzan su último aliento
junto á los pies del caballo.

Lector; si acaso conoces
ó vez alguna viajando
ves esa peña, que el vulgo
la nombra de enamorados,

Que te recuerde la historia,
que entre sus riscos grabaron,
con rojas letras de sangre
dos corazones esclavos.

A. B. y C.

(Es propiedad.)



DEPÓSITO CENTRAL,
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
Carretas, 9.

MADRID: 1871.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EDUARDO CUESTA,
Rollo, 6, bajo.



Don Alfonso octavo.

(ROMANCE HISTÓRICO.)

AÑO DE 1212.

I.

El rey don Alfonso octavo,
mas grande que en cetro en alma,
y á quien dieron sus virtudes
escudo, poder y fama,

Oyó en Toledo del moro
la insolente carcajada:
respuesta el honor le pide,
y en el campo quiere darla.
¡Ay, cuánto por abatirle,

cuánto hiciera el buen monarca,
y á cuánto se atreve solo
con su Dios y su confianza!

Como alientos de su cólera,
nobles y obispos despacha
que corran todos los reinos
apellidando á las armas.

La cruz les da por bandera,
y cuanto tiene por paga,
que á él le sobra con la muerte
ó el botín de la campaña.

—«¡Sí!»—respondieron los cetros
de Aragon y de Navarra,

y engruesan con sus falanges
las falanges castellanas.

De Portugal llegan gentes,
oro y bendición del Papa,
y del extranjero llegan
los de mas fé y mas hazañas.

Hierve Toledo en festejos,
apenas tienen las casas,
apenas tienen las calles,
á tal muchedumbre entrada.

¡Cuántos trajes, cuántos usos,
cuántos rostros, cuántas hablas,
cuántas banderas, y cuántos
que no verán mas su patria!

No importa, ¿el hombre es eterno?

¿Basta una estéril plegaria?

Quien no da por Dios su vida,
¿para qué otra honra la guarda?

Se abre por fin hácia Oriente
una florida mañana,
en que el sol y los valientes
comienzan juntos su marcha.

Su arco de cristal los cielos
de ondas de luz engalanan,
de pabellones de nubes,
lluvias de oro y esmeraldas

Sostienen la triunfal bóveda
pedestales de montañas,
la sonrisa del Eterno
los universos dilata.

Al romper la guerra en himnos
por la espaciosa comarca,
como un gran bosque de fuego
se mueven cien mil espadas.

Delante don Diego de Haro
vá de vivas entusiastas;
los caballos extranjeros
siguen tendidos en ala.

Del rey don Pedro los siguen
las aragonesas barras,
en medio va de sus nobles,
tras de sus nobles sus lanzas.

Castilla luego cerrando
las tropas de retaguardia,
con don Sancho Cañamero
dos veces grande en la fama.

Primero en nobleza á todos,
segundo á nadie en pujanza,
y temido y respetado
por quien es y por quien guarda.

Madrid le dió su estandarte,
fuerte oso en campo de plata,
que aseguran los guerreros
que en todos los triunfos se halla.

Huestes son de don Alfonso,
cércale cruces y tiaras,
que parece que Dios mismo
vá allí á mandar la batalla.

Como la voz de un profeta
doblando están las campanas,
y los cánticos del templo
por los espacios derraman.

¡Qué de ancianos, qué de madres,
qué de esposas, qué de amadas,
los van siguiendo á lo lejos
con ojos llenos de lágrimas!

Ya cubre el polvo el camino,
y aun como palomas blancas,
véense algunos pañizuelos
que el último ¡adios! les mandan.

II.

En número fabuloso,
con nuevas hordas del Africa,
oyó el moro el desafío
y lo acepta y se adelanta.

Toma del puerto de Losa
las formidables gargantas,
donde uno vale por ciento,
entre rocas y avalanchas.

Y desde allí nos contemplan
como á su víctima el águila,
y á la jornada de Alarcos
juran segunda jornada.

Bajó el espanto á nosotros;
que es locura temeraria
dijo la lucha salvaje
del poder con la desgracia.

Á los extranjeros dice:
—«Volveos.»—Vuélvense; vayan,
que en buen hora hay españoles
para morir por España.

Tristes se miran los reyes
mirando las cumbres altas,
don Alfonso á Dios implora,
Dios es la última esperanza.

Volver es morir de mengua,

luchar es morir de audacia,
entre honor y desaliento,
imán que dos nortes llaman.

— Señor, ¿no está Dios mas alto?
oyó el rey á sus espaldas;
vuelve los ojos, y mira
que un humilde pastor le habla.

— El Dios que sube á los cielos
esos grandes mares de agua,
te subirá como el polvo
que tu caballo levanta.

— ¿Quién eres?

— Señor, un pobre,
pero sé de estas montañas
un misterioso sendero
abierto por tus plegarias.

En nombre de Dios seguidme
si fé y corazon no os faltan;
¿no veis que desde su trono
todá la tierra está plana?

Alfonso escucha el solemne
eco de aquellas palabras,
que parece que del fondo
de algun sepulcro las saca.

Alza la vista á los cielos
buscando luz, y jurara
que unas nubes las escriben
con unas letras de gasas.

— «Guía, pastor, con el nombre
» que has invocado me basta;
» siento la fé de los héroes;
» triunfante ó muerto mañana.»

Toda la noche caminan,
bajo sus pies nace el alba,
y véñse al fin los ejércitos
cumbre á cumbre, cara á cara.

¿Dónde está el pastor? ninguno
le ha visto, ninguno le halla,
y un trueno sordo responde
cada vez que el rey le llama.

Ya entre tanto en la llanura
formábanse las escuadras,
al corazon las banderas,
caballos y hondas las alas.

Y ya se ahogan las voces
entre el fragor de las armas
y galopes de caballos
y choques de horribles cargas.

Retumban como dos mares
que dos tormentas arrastran,

rompiéndose en el estrecho
sus gigantes cataratas.

Entre un caos de movimiento
y ruido y vértigo y saña,
todo el dia fué combate,
toda la noche matanza.

Muertos cien mil agarenos
¡triste ley de represalias!
la historia grabó aquel dia
con luto y oro en sus páginas.

¡Llor al triunfo de Castilla,
de Aragon y de Navarra!
¡con qué asombro y qué respeto
se habló en Europa de España!

Y en las Navas de Tolosa
nació entre sangre una palma:
presto llamarán sus brazos
á las puertas de Granada.

III.

Pasaron años de bienes;
y en su reino y en su alcázar
cercado de bendiciones,
para tal vida tal paga,

Oyó el rey hablar de un Santo
que envuelto en pobre mortaja
durmió entre el fango de muerte
como en un lecho de acacias.

Dicen que milagros hizo,
dicen que Isidro se llama,
que tuvo á Madrid por cuna
y por esposa una santa.

Dicen que fué su agonía
como una luz que se apaga,
y que un ángel con un beso
bajó á recogerle el alma.

El rey sale á verle, y toda
su córte viste de gala,
que honrar las obras del cielo
es ser digno de su gracia.

Entre obispos y señores
y un pueblo inmenso que aguarda,
el rey con grave respeto
ordena que abran la ca'a.

Rechinan goznes mohosos,
las viejas maderas saltan,
y como heridos de un rayo